

LECCIÓN XVI

ANTECEDENTES CONSTITUCIONALES DE FRANCIA I

SUMARIO: 1. *Población primitiva.* 2. *Principales fuentes de información respecto de las costumbres de los celtas.* 3. *Organización de esa población.* 4. *Conquista romana.* 5. *Conducta de Julio César.* 6. *División de la Galia en provincias.* 7. *Romanización de los galos.* 8. *Invasiones germanas.* 9. *Invasiones de los hunos y victoria a la cual contribuyó Meroveo.* 10. *Establecimiento de la dinastía de los merovingios.* 11. *División de la población de Francia a la caída del Imperio Romano de Occidente.* 12. *Unificación parcial bajo Clodoveo.* 13. *Organización política en su tiempo.* 14. *Administración de justicia.* 15. *Diferentes leyes.* 16. *Importancia del clero.* 17. *Consideraciones generales sobre esa organización política.*

Cuando nos ocupamos de las aportaciones hechas por Inglaterra al derecho constitucional principiamos por hablar de la población que ocupó esa isla desde los albores de la historia, pero no hicimos lo mismo cuando abordamos a los Estados Unidos de América porque en este último país no tuvo influencia la población primitiva y, en realidad, sus instituciones jurídicas y políticas fueron desarrolladas por los colonos de origen inglés. No es lo mismo en Francia, donde se hace conveniente decir algo de su población.

Los descubrimientos arqueológicos hechos en ese país demuestran que aun antes del periodo glacial hubo seres humanos que ocuparon el territorio de lo que hoy llamamos Francia y que estos pasaron por las edades de la piedra despulida, de la pulida, del cobre, del bronce y del hierro, pero sin que podamos determinar las relaciones que hayan podido tener esos pueblos con los habitantes posteriores de esa región, aunque sus monumentos parecen comprobar que formaron parte de la raza mediterránea que desarrolló la primera civilización en los alrededores del mar que le da su nombre y que se esparció, posteriormente, en la mayor parte de Europa.

Más tarde aparecen en ese territorio los iberos, los ligures y los griegos. Los iberos, en cierta época, llegaron a ocupar Italia, Córcega, España y el sur de Francia, habiendo llegado en alguna ocasión, como dijimos al ocu-

parnos de Inglaterra, hasta lo que hoy se conoce como Gran Bretaña. En Francia quedan como descendientes de los iberos y los gascones.

Los iberos fueron sustituidos por los ligures que se esparcieron en Europa desde el Mar del Norte hasta el centro de Italia y España, siendo Liguria, en el Golfo de Génova, el último lugar que habitaron, pues tuvieron que ceder ante la invasión de los celtas, que en el siglo IV a. C. era el poderoso de los pueblos bárbaros de Europa.

Los griegos fundaron la colonia de Marsella aproximadamente 600 años a. C., y de allí se esparcieron a los de la costa de Italia y, por el noroeste, hasta Gibraltar. La necesidad de defenderse de los cartagineses los obligó a llamar en su auxilio a los romanos, que entraron así a ese territorio como aliados, poniéndose griegos y romanos en contacto con los celtas, quienes después se llamaron “galos”.

Esos celtas, que en una época habían ocupado parte de Grecia, Asia Menor, Italia y Galicia, tuvieron que replegarse en España ante el poder de los cartagineses. En Italia, ante el nacimiento del poderío de Roma y en Europa Central, ante los germanos, para el siglo II a. C. solo les quedaba la región comprendida entre el Rhin, los Alpes, los Pirineos y el océano Atlántico, territorio que los romanos llamaron “Galia” y en esa misma época comenzaron a llamar galos a los celtas que lo habitaban.

Nuestro conocimiento de las costumbres y carácter de ese pueblo se deriva principalmente de los *Comentarios a la Guerra de las Galias* de Julio César, quien se expresa de los galos en los siguientes términos:

...valor llevado a la temeridad, criterio amplio, carácter sociable y comunicativo, con gusto y talento para la oratoria, con todo ello un entusiasmo ciego, una jactancia insoportable, poca continuidad en sus planes, poca firmeza en sus empresas, poca constancia en los reveses, extrema movilidad y poca inclinación a la disciplina.

La organización de la familia era semejante a la de los romanos y, en cuanto a las instituciones políticas, dos clases de hombres poseían en Galia dignidad y autoridad: los druidas y los caballeros, encontrándose los esclavos en el fondo de la escala social. La mayor parte de la población se encontraba en estado de clientela dependiendo de los caballeros o nobles, bajo cuya dirección se iniciaba cualquiera empresa, pues el resto de los hombres libres, que eran clientes, no se atrevían a emprender nada por sí mismos ni eran admitidos en las deliberaciones.

Los druidas eran sacerdotes y ministros de la justicia, además de que no iban a la guerra ni pagaban tributos; agrupados con los anuidas había otras dos clases de personas: los eubages o adivinos y los bardos. Los primeros

hacían los sacrificios y pretendían adivinar el porvenir, mientras que los segundos narraban las aventuras de los dioses y de los hombres, las glorias del pasado y del presente, las hazañas de los héroes y la venganza de los cobardes, acompañándose en sus cantos con una arpa o lira; eran los intérpretes oficiales de la tradición religiosa y nacional.

Entre los galos cada tribu originariamente tenía su jefe especial que casi siempre tomaba el título de rey. Cada tribu tenía también una especie de cuerpo militar ecuestre compuesto de nobles o caballeros, cada uno de los cuales, según su rango o posición social, protegía a determinado número de hombres libres de inferior condición que lo seguían por dondequiera, iban con él a la guerra y estaban dispuestos a morir por él.

Esas tribus tuvieron luchas internas de las que se aprovecharon los romanos desde 121 a. C., fecha en que el cónsul Fabio, valiéndose de las disensiones entre las educas, los allobroges y los avernis, después de obtener dos importantes victorias, convirtió a una porción del país en provincia romana, que más tarde, en la época de Francia monárquica, se habría de llamar “Delfinador”.

Posteriormente, Julio César, en una guerra muy importante, cuyos detalles no nos interesan desde el punto de vista de nuestro estudio, terminó la conquista de Galia en 52 a. C. Durante esa guerra Julio César no omitió detalle alguno de crueldad. Pero consumada la conquista él evitó las confiscaciones y cargas demasiado pesadas, así como el tributo que tenían que entregar los galos: el nombre de pago militar; asimismo, admitió en legiones a los mejores guerreros galos y, en ellas, los hizo objeto de recompensas y honores e, incluso, más tarde, algunos galos fueron admitidos en el senado romano.

Bajo el imperio de Augusto, se modificó un poco la división territorial establecida por Julio César, denominándose Galia Lugdunense a aquella que antes se había llamado Galia Céltica, quedando restringido su territorio al comprendido entre el Sena, el Saona y el Loira, y quitándose al oriente una parte a la que se le nombró de Secuanesense, que fue anexada a la Galia Bélgica. Ésta, una vez ampliada, tuvo por límites el Rhin, el Sena, el Saona y los Alpes; Aquitania, encerrada entre los Pirineos y el Garona, se extendía hasta el Loira.

Por último, la Galia Narbonense estaba comprendida entre el Mediterráneo, los Pirineos, las Cevenas y los Alpes. Más tarde, a fines del siglo IV d. C., Galia fue dividida en diez y siete provincias.

Como Galia estuvo sujeta a Roma por varios siglos todo se romanizó allí. Hubo caballeros y senadores romanos; los druidas se convirtieron en sacerdotes del politeísmo romano; las antiguas leyes desaparecieron y en el siglo V quedaban pocas huellas de las viejas instituciones galas.

El cristianismo fue introducido a mediados del siglo II por algunos sacerdotes de la Iglesia de Esmirna que se establecieron en Lyon aproximadamente en el año 160 y lograron obtener muchas conversiones; sin embargo, como los emperadores romanos eran hostiles al cristianismo hubo muchos mártires y persecuciones que duraron hasta el advenimiento de Constancio Cloro y después de Constantino, época en que cesaron las persecuciones.

A pesar de que Galia se encontraba sometida a Roma no disfrutó de verdadera paz, sino sólo en un principio, pues más tarde el imperio comenzó a desintegrarse con motivo de la amenaza de invasión de las tribus germánicas y las luchas internas dentro del mismo Imperio.

Por 260 las legiones de la prefectura de Galia reconocieron como emperador a uno de sus generales llamado Póstumo, de origen galo, que fue asesinado. Pero durante trece años hubo sucesores conocidos en la historia con el nombre de césares galos; el último de ellos fue Tétrico, quien, traicionando a su ejército, se rindió al emperador Aureliano.

En esa época, debilitado ya el Imperio romano, Galia fue invadida por tribus germánicas que la devastaron por completo y como estaba abrumada por los impuestos que establecían los diversos candidatos al Imperio y exhausta de hombres y dinero, el país quedó sumido en una situación tan miserable que con frecuencia los hombres libres, de un modo espontáneo, se hacían siervos o esclavos a fin de sustraerse de la obligación de soportar las cargas públicas.

Aunque Constancio Cloro y después Constantino trataron de restaurar la prosperidad de las ciudades galas, las invasiones germanas lo impidieron, pues los bárbaros lograron hacer que las legiones encargadas de la defensa de ese país se retiraran desde el Rin hasta el Sena y solamente la victoria obtenida por Juliano cerca de Estrasburgo en 359, sobre siete jefes alemanes, libertó temporalmente a Galia y permitió que Juliano se estableciera en Leticia, llamada después “París”, y se dedicara a procurar las reparaciones de las devastaciones de la guerra, pero las condiciones de aquella época lo impidieron.

En efecto, ya desde el siglo III tres formidables confederaciones se formaron en el país llamado “Germania”, que comprendía desde las playas del Báltico hasta las fuentes del Rin y del Danubio: los sajones en el norte, los francos en el oeste y los alemanes en el sur. Además, los godos se encontraban sobre la orilla izquierda del Danubio.

Todas esas naciones, entre las cuales se dividió más tarde al Imperio Romano de Occidente, no lo atacaron al principio con la intención de destruirlo, sino que fueron impulsadas por causas irresistibles que las obligaron a cruzar sus fronteras y, por tal motivo, trataron de legitimar sus conquistas

por medio de conclusiones y tratados que las incorporaran al Imperio, cuya civilización les causaba asombro. Entre los bárbaros que recibieron grandes concesiones de terreno se encuentran los francos que, rechazados por los sajones de la orilla izquierda del Weser, llegaron en el siglo III hasta cerca de la frontera de Batavia. Los romanos los llamaron francos sálicos debido probablemente al nombre de Isala, en cuyas orillas habían acampado largo tiempo. El emperador Maximiliano, después de intentar en vano expulsarlos del Imperio, les permitió establecerse aproximadamente en 587 como colonos militares entre el Mosela y el Scheldt. Poco tiempo después otras dos tribus de francos, bajo el pretexto de apoyar las pretensiones de Carausio al trono imperial, cruzaron el Rhin y, aunque Constancio Cloro y Constantino trataron de expulsarlos del territorio del Imperio, no lo lograron; más tarde, el emperador Juliano, después de derrotarlos, les permitió establecerse y fundar una colonia militar entre el Rhin y el Mosa. Estos francos fueron llamados francos ripuarios, de la palabra latina *ripa*, que significa río, debido a que se establecieron en las orillas del Rhin.

A mediados del siglo V, el Imperio romano fue dividido entre los dos hijos de Teodosio: Arcadio, quien reinó en Constantinopla, y Honorio, quien reinó en Roma. En esa época comenzó la destrucción del Imperio Romano de Occidente y, a pesar de algunos éxitos militares de los romanos, las fuerzas invasoras sólo se detuvieron hasta que se adueñaron del Imperio de Occidente.

Los suevos y los vándalos entraron a Galia en 406, y desde ese año hasta 476, año en el que su jefe bárbaro depuso al último emperador, tanto Italia como Galia fueron el teatro de la guerra y la desolación. Los suevos y los vándalos fueron seguidos por los visigodos o godos occidentales, quienes, partiendo del Danubio, después de devastar la mitad del Imperio y aun saquear Roma, obtuvieron de Honorio la concesión del territorio sur de Galia, situado al oeste de Ródano. Las provincias armónicas de Galia Occidental se rebelaron; los borgoñones cruzaron el Rhin, y en 413 fundaron en territorio galo un reino borgoñón entre Maguncia y Estrasburgo.

Valentiniano III sucedió a Honorio en 424 y durante su reinado Aetio, educado como rehén en el campo del conquistador visigodo Alarico, se manifestó como un hábil general y llegó a subyugar a tribus bárbaras establecidas en Galia. En ese momento otros bárbaros conocidos como los hunos, bajo el mando de Atila, entraron a Galia destruyendo todo en su camino hasta llegar a Orleans; también amenazaron París, aunque no llegaron a tomarlo, y los parisienses creyeron deber su salvación a la intercesión de Santa Genoveva, que desde entonces es la Santa Patrona de París. Finalmente, los romanos y los visigodos, bajo el mando de Aetio y Teodorico, lograron

detener a los hunos, los cuales retrocedieron a Chapmana, donde se libró una sangrienta batalla en 451 que fue ganada por Aetio, bajo cuyas órdenes combatió y se distinguió Meroveo, jefe de los francos, contribuyendo eficazmente a la victoria.

Meroveo dio su nombre a la dinastía de los merovingios, pues Mayoriano, proclamado emperador en 457, nombró como su lugarteniente y jefe de la milicia en Galia a Egidio, miembro de una de las principales familias galas y hombre de grandes cualidades. Mientras tanto, Meroveo, rey de los francos sálicos, murió en 456 siendo sucedido por su hijo Childerico, que fue proclamado rey a pesar de su extrema juventud y quien fue destronado, sometiéndose los francos voluntariamente a Egidio; sin embargo, como este fue declarado enemigo del Imperio, los francos volvieron a llamar a Childerico y lo ayudaron a derrotar a Egidio. Más tarde Childerico fue nombrado jefe de la milicia y combatió a favor del Imperio contra diversas tribus bárbaras. Así pues, puede decirse que, con aprobación del Imperio, los francos se hicieron dueños de Galia.

Es interesante conocer cómo estaba dividida la población en el territorio galo a la caída del Imperio Romano de Occidente, efectuada entre los años de 475 a 480: los visigodos, bajo Furico, ocupaban el sur; los pueblos de Armórica, de origen galo, es decir, celta, el oeste; los germanos y los borgoñones, también de origen germano, el norte. Además, una pequeña porción de Galia entre el Soma y el Loira había permanecido romana, conservándose independiente algún tiempo después de la caída del Imperio. Por otra parte, como en esa época los anglos, los sajones y los jutos habían invadido Inglaterra, emprendieron una guerra de exterminio contra los britones; así, muchos de estos emigraron y se establecieron en la extremidad occidental de Armórica, donde fueron bien recibidos por los habitantes, con quienes tenían comunidad de idioma y de origen. Finalmente, en esa misma época, una colonia de sajones expulsada de Alemania se estableció en la Baja Normandía, y otra del mismo pueblo ocupó parte del Maine y Anjou; pero todas esas razas germánicas se encontraban establecidas sobre un núcleo de población de galos romanizados.

En cuanto a los francos, continuaban aún divididos en dos grupos: los francos sálicos y los francos ripuarios, cuyas posesiones sobre los territorios que respectivamente ocupaban habían sido confirmadas por el Imperio.

Si de todo este mosaico de raza habría de surgir más tarde una nación unificada, era indispensable que hubiera hombres fuertes e inteligentes que supieran aprovechar las circunstancias que pudieran favorecer esa unión.

Los francos sálicos, que ocupaban un territorio conquistado por su rey Clodión a mediados del siglo V, estaban divididos en tres tribus o pequeños

reinos, cuyas principales ciudades eran, respectivamente, Tournay, Cambrai y Théroutanne; pero los jefes o reyes de cada una de estas tres tribus pertenecían a la raza real de Clodión y de su hijo Meroveo, de quien hemos hablado antes.

En 481 Clodoveo, hijo del rey Childerico y nieto de Meroveo, fue electo rey de la tribu de los francos sálicos establecidos en Tournay y su advenimiento marca una nueva etapa en la historia de Francia, ya que durante su reinado se efectuaron sucesos de gran importancia. Así, Clodoveo pudo subyugar a la parte de Galia que había permanecido romana debido a la opresión en que se encontraba ese pueblo; por otra parte, los visigodos y los borgoñones, partidarios de la herejía aria, no reconocían autoridad a los obispos, quienes deseaban la unidad religiosa que posteriormente había de contribuir a la unidad política; además, Clodoveo, aunque pagano, trató de secundar, probablemente con miras interesadas, los deseos de los obispos, para lo cual se casó con Clotilde, hija de Chilperico, rey de los borgoñones, que era la única mujer católica que había entre estos (conocida también como Santa Clotilde [*N. del E.*]).

Las primeras campañas de Clodoveo fueron contra Siagrio, generalmente gobernador de la parte de Galia que había permanecido independiente de los bárbaros, habiendo triunfado fácilmente Clodoveo; enseguida tuvo que rechazar la invasión de una tribu germánica llamada los “alemanes” y, viéndose apurado en una batalla, ofreció que, en caso de triunfar, adoraría al mismo Dios que idolatraba su mujer. Como triunfó, Clodoveo se convirtió al cristianismo, logrando así contar con el apoyo de los católicos. Posteriormente, Clodoveo emprendió una serie de campañas con éxito, logrando que los visigodos solo conservaran en Galia, el territorio conocido con el nombre de Septimania y que el resto de Galia quedara sometido a él.

Naturalmente, esa unión, hecha sólo por la fuerza militar, no podía ser sino provisional, y aun el mismo Clodoveo la interrumpió cuando al morir distribuyó sus estados entre sus hijos; sin embargo, en todo caso, el hecho de haberse reunido los diversos territorios bajo la hegemonía de una tribu franco-sálica y aun de una familia solamente demuestra la tendencia hacia la unificación y constituye un paso eficaz para la consecución de la misma. Por este motivo, será útil y conveniente tener una idea general de la religión, las costumbres y las relaciones entre conquistadores y conquistados durante la época de Clodoveo.

En ese tiempo la realeza o dignidad real era, entre los francos, electiva y hereditaria al mismo tiempo, pues el título de rey (*könig* en alemán) significaba simplemente jefe y se obtenía por elección; pero hemos visto que

los francos lo elegían siempre de la familia de Meroveo. La principal misión del rey era mandar a sus súbditos en las operaciones de guerra y de pillaje, recibiendo él la mayor parte del botín que frecuentemente consistía en ciudades con su territorio anexo, constituyéndose así el patrimonio real con el que el rey podría recompensar a sus *leudos*, que era el nombre que se daba a los compañeros de armas del príncipe, quienes se habían comprometido con sus personas y sus bienes a seguir la suerte de éste y le habían jurado fidelidad. Los leudos formaban una clase separada en la que se elegían generalmente los funcionarios.

Cuando moría el rey sus hijos heredaban sus tierras y, siendo más ricos que sus compañeros de armas, estaban en mejores condiciones para ser electos reyes; de esta manera la suprema autoridad pasó a padres e hijos en la familia de Clodoveo, primero, por elección y, más tarde, por una costumbre que se convirtió en ley.

La autoridad de los reyes era puramente militar, pues el poder de legislar competía a la nación entera que se reunía en armas durante los meses de marzo o de mayo en asambleas que fueron denominadas “Asambleas del Campo de Marzo” o “Asambleas del Campo de Mayo”. En un principio esas asambleas se reunieron con regularidad; no obstante, cuando los francos, convertidos en terratenientes, estaban esparcidos por toda Galia descurdaron el asistir a las asambleas y los reyes, quizá de una manera interesada, dejaron de convocarlas. De esta manera la facultad de legislar pasó a las manos de los monarcas, sus oficiales y los obispos.

Cada ciudad era gobernada por el obispo electo por el pueblo y por el clero de sus diócesis.

La justicia emanaba del pueblo, ya que todos los hombres libres de cada distrito, designados con el nombre de *armans* o *ahimborghs*, tenían derecho de concurrir a los tribunales donde desempeñaban el papel de jueces, bajo la presidencia de unos oficiales reales llamados “centuriones”. No existía subordinación entre los diversos tribunales, sí recurso de apelación, ya que había una instancia solamente.

Cada una de las tribus que ocuparon Galia conservó sus propias leyes. Los galo-romanos continuaron siendo regidos en materia civil por el Código Teodosiano. Los francos sálicos y los francos ripuarios tenían, respectivamente, sus propias leyes que no se aplicaban de una tribu a otra. La llamada Ley Sálica que regía entre los francos sálicos fue escrita hasta después de la conquista, pero está basada en máximas y costumbres anteriores a la invasión de Galia, aunque más tarde estableció distinciones ofensivas entre los francos y los galo-romanos. Los delitos, en general, eran sancionados con indemnizaciones pecuarias; sin embargo, en la época de la discriminación

la vida de un franco valía el doble de la de un romano. No obstante, los clérigos eran respetados y gozaban de muchos privilegios. Bajo los descendientes de Clodoveo, las penas fueron aumentadas y muchos delitos que antes eran castigados con multas fueron sancionados con la pena capital.

La ley de los franco-ripuarios, promulgada por Teodorico I, establecía una compensación por los delitos, que era semejante a la Ley Sálica. La Ley de los borgoñones denominada “Ley Gombeta” de Gundebaldo (su autor) era más favorable para los antiguos habitantes que la Ley Sálica y la de los francos ripuarios, pues no admitía distinciones entre los romanos y los conquistadores en caso de delitos contra las personas de unos y otros.

Después de la conquista se hizo en Galia una distinción en la condición de los habitantes, la cual se basó en el modo o título como poseían la tierra. Los primeros entre los hombres libres eran los leudos, o sea, los compañeros de los reyes, tanto entre los francos como entre los galo-romanos; después de los hombres libres propietarios de tierras venían los campesinos, que las cultivaban como arrendatarios o aparceros, y, finalmente, los siervos, que unas veces estaban ligados a la persona de su amo y otras ocasiones a la tierra de éste, con la cual podían ser vendidos o arrendados.

El clero formaba una clase separada y muy poderosa, porque todos los puestos públicos cuyo desempeño requería una ilustración y conocimientos especiales fueron dados al clero, que se aprovechó de ello para aumentar su influencia y riqueza.

La propiedad territorial se dividía entre los bárbaros en dos clases principales: los alodios y los beneficios. Los predios alodios eran propiedades sin carga ni gravamen alguno que pertenecían en plena propiedad a sus dueños, ya fueran conquistadores o conquistados; en cambio, los beneficios eran tierras que los reyes separaban de su patrimonio para recompensar a sus leudos, pero llevaban consigo la obligación de prestar servicio militar y, en un principio, solo se concedían por la vida del beneficiado, a cuya muerte revertían al rey o a los sucesores de éste. Los cargos de duque o conde que tuvieron los primeros señores no eran hereditarios; posteriormente, esos guerreros se impusieron y llegaron a constituir una poderosa aristocracia hereditaria, que puso en peligro el poder de los reyes y fue una de las causas de la caída de la dinastía merovingia, como veremos.

De lo anterior se desprende que aunque en los antiguos francos hubo algunas tendencias hacia la democracia, como lo demuestran las asambleas y la intervención de los hombres libres en los tribunales, esas tendencias estaban destinadas a desaparecer debido a la dispersión de los grandes señores, al interés que estos tenían en formar una aristocracia hereditaria y a la debilidad de algunos reyes. Aun reconociendo esas tendencias a la

democracia, no puede decirse que en ese periodo haya habido siquiera un indicio de constitucionalismo, ya que ninguna ley limitaba la autoridad de los gobernantes respecto de la masa común de los gobernados ni precisaba las funciones de los gobernantes ni les exigía responder por sus actos. Todas esas ideas eran absolutamente desconocidas en la época de los merovingios.